Biblioteca Nacional de España

V

6ª 534 Nº 19

Biblioteca Nacional de España

Ca 524 nº 19

Biblioteca Nacional de España

EL MINISTERIO

MENDIZABAL.

Aqui llaman esto un gobierno *representativo;*
...yo llamo esto un hombre *representativo.*
DIOS NOS ASISTA. *Carta* 3.ª *de* FIGARO.

POR

DON JOSÉ DE ESPRONCEDA.

BIBLIOTECA SALA DE VARIOS CAJA 1867

Madrid.

Imprenta de Repullés.
Año de 1836.

C.-28 Mayo 1880.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA NACIONAL SALA DE VARIOS CERRADA AÑO 1867

Cuenta un célebre escritor aleman que un diestro maquinista acertó á arreglar y organizar un cuerpo de hombre con tal perfeccion que hasta hablar podia, y aun tener necesidades, como nosotros. Oyó el hombre máquina decir un dia que le faltaba el alma, y tomó tal empeño de tenerla, que á todas horas pedia á voces un alma á su constructor. Y como sus gritos y amenazas creciesen de todo punto, se vió tan acosado y fatigado su pobre autor, que tuvo por último que abandonar su patria y huir de su propia hechura, que le perseguia. Y á estas horas, es fama, que aun le persigue por todas partes, y le grita que le dé un alma con la misma tenacidad.

Este cuento creo podria aplicarse á nuestra España con respecto á sus gobernantes. Cadáver desde el año de 23, habia servido de pasto á los gusanos que su corrupcion producia, y cuando la muerte de Fernando le imprimió un movimiento galvánico, movió los brazos y abrió los ojos por primera vez despues de diez años de inmovilidad. La necesidad obligó entonces al maquinista á enderezarle, y colocar algunas piezas que le ayudaran á moverse, aunque con lentitud y miedo, porque era muy grande el que tenia el maquinista de que al levantarse y sentirse ágil su obra le pidiese un alma. Y asi fue: lanzó un grito, aunque débil, la máquina, puesta en pie, y el obrero huyó aterrado al momento. Otros hombres se sucedieron; y la nacion todavía, pero ya con gritos mas terribles, y mas temerosa muestra, les pide un alma. Tal era la voz del pueblo en setiembre del año pasado: habia arrojado como inútiles á los hombres que para nada le habian servido, sino para hacerle sentir una necesidad que no podian ellos satisfacer, y el Estatuto, raquítico y presuntuoso como su autor, desapareció ante el generoso alzamiento de las provincias. Sus defensores, ena-

Biblioteca Nacional de España

nos de voz bronca, vanamente se esforzaron á sostenerle con impotentes amenazas y bravatas ridículas: el Estatuto fue repudiado por la nacion. Pero como la intencion que impelia principalmente al pueblo no iba tan fundada en principios políticos como en odio personal á un ministro, luego que este cedió su puesto, la tranquilidad sucedió á las revueltas, y la alegría del triunfo, y sobre todo las grandes promesas del ministro entrante, calmaron de repente la pública efervescencia, y acallaron el clamor general. Por lo demas tampoco los pueblos se lanzan de una vez en el abismo de la revolucion, y al llegar á las orillas del mar alborotado de sangre que les espera, tan facil es contenerlos como empujarlos; una palabra, una leve esperanza, una ilusion engañosa los detiene en su marcha precipitada. Mendizabal, pues, se presentó en la arena, pintó un cuadro vistoso aunque mal concebido, poco profundo; pero cualquier cosa bastaba: el movimiento habia llegado á su término, y era forzoso hacer alto. Nuestra posicion no era buena, pero era la única de que pudimos apoderarnos. La nacion quedó entonces espada en mano y sin dar un

Biblioteca Nacional de España

paso atras, resuelta á dar la batalla si la imprudencia ó estupidez de sus gobernantes la provocaban á pelear. ¡Ojalá que no la obliguen nunca á disparar el primer cañonazo!

Dispuesta á todo, y con el ansia de acabar de una vez con nuestro enemigo comun, concedió cuanto se quiso exigir mientras oía embobada, á manera de inocente niño, el cuento tártaro que el ministro la referia. Puentes de oro, rios de miel y leche, palacios de pedrería, paz, gozo, union, todo era para nosotros si callábamos, sino metiamos bulla y dabamos un simple voto de confianza, y sin pedir nada á nadie, ni dejar de pagar á nadie, ni molestarnos apenas, habiamos de ver realizadas tantas y tan tornasoladas esperanzas á poco que hiciera ó dijera nuestro mágico prodigioso, no el de Salerno Pedro Bayalarde, sino Don Juan Alvarez Mendizabal, primer ministro que tenia en sus bolsillos nuestra fortuna y nuestro porvenir. Seguramente pareceria un cuento sino lo hubiésemos palpado nosotros mismos, y algun dia vendrá acaso en que se tengan por una alegoría estos seis meses de nuestra historia, y se comente y se declare apócrifo el libro en que se hallen consignados los hechos.

Biblioteca Nacional de España

El gran pacificador de la familia española, á despecho de sus deseos, es de vista tan corta, que sus ojeadas solo han abarcado dos puntos. Por la capital ha juzgado de las provincias, por la bolsa ha calculado los recursos de la nacion. Su primer paso fue acogerse al Estatuto, y tratar de este modo de conciliar los partidos, buscando asi la legalidad que en nuestra opinion al mismo Estatuto faltaba. Y en prueba de que su conciencia le remordia interiormente, rara vez lo llamó con su propio nombre, y conociendo la oposicion que engendraba aquel decreto en los ánimos de los patriotas, lo depositó en su estante para no sacarlo de alli hasta que fuesen á revisarlo las Cortes. El principio legal no obstante tenia en él su cimiento, y aquellas mismas Cortes caducas y desaprobadas por la nacion entera volvieron á reunirse como un Lázaro resucitado para hacer una ley electoral que habia de ser mala por necesidad. Nunca se halló sin embargo ningun ministro colocado en situacion mas ventajosa que Mendizabal. Los procuradores se hallaban en el caso de ceder á todo cuanto él exigiese de ellos, el aura popular resonaba en

Biblioteca Nacional de España

rededor del ministro, mientras las Cortes del Estatuto no llenaban de manera alguna la confianza de la nacion. La oposicion, pues, habia forzosamente de ser débil contando en sus bancos únicamente á los hombres vencidos, y obligando á ser ministeriales por consecuencia á los que el año anterior habian combatido contra ellos para derribarlos.

Un hombre de talento hubiera usado de aquellas Cortes como un músico de las ocho notas que á su placer combina de mil distintas maneras. Todos de por fuerza se hallaban en el caso de convenir con su parecer. Su exigencia de un voto de confianza probó cuanto llevamos dicho; pero piloto poco diestro abandonó el timon de la nave, y la cuestion electoral, punto mas interesante para la nacion que la de confianza, fue el escollo donde estrelló su navío. Cualquiera pensaria al ver el ningun resultado que hasta ahora ha tenido el voto de confianza, que suscitó el gobierno aquella discusion únicamente con el intento de satisfacer su amor propio, sin plan ni designio alguno, y concluir asi la última parte de su cuento de las mil y una noches. Lo cierto es

Biblioteca Nacional de España

que miró la cuestion que lisonjeaba su vanidad como cuestion principal, y la que tocaba al interes general como de muy secundaria importancia; lo que podria probar en el señor ministro mas amor á sí mismo que al pais si quisieramos analizar su conducta. Los hombres astutos del partido retrógado, y á los cuales no titubeó el señor Mendizabal en llamar sus amigos á boca llena, pensando sin duda el inocente que lograria engañarlos asi, conocieron su falta de tacto parlamentario, y le pusieron en el duro trance de cerrar las Cortes, ó dejar su puesto. Pero Mendizabal entonces representaba todavía, mas que el Estamento desopinado, el voto nacional, era mas fuerte, y un decreto puso fin á los poderes de los procuradores. Entonces fue cuando los pueblos, alegres con tan fausta noticia, creyeron que desembarazado el ministro de aquel Estamento pésimo, iba á derramar por todas partes la felicidad y la abundancia. Pero muy lejos de eso. El buen hombre no podia hacer milagros, por buena voluntad que tuviera, las rentas de la nacion no subian, y hasta la bolsa, esperanza suya y base de todos sus cálculos, se le rebelaba. En vano alquimista pertinaz

Biblioteca Nacional de España

buscaba en sus hornos la piedra filosofal: no consideró que los alquimistas necesitan oro hasta para encontrar chasqueadas sus esperanzas.

Todo el mundo aguardaba el alza de los fondos, y los fondos no subian; y aun suponiendo que hubiera salido todo á medida de su deseo, ¿qué hubieramos ganado con eso los españoles? Algunos jugadores se habrian enriquecido sin duda, pero los pueblos no se hallarian menos infelices por eso. El ministro hubiera encontrado algunos millones mas, para salir del dia, pero la causa de sus apuros hubiera permanecido en pie. En un pais que ha contraido millones de deudas, de que no ha disfrutado jamas, que nada le han producido sino gastos, cuyos acreedores son la mayor parte estrangeros, y á quienes paga intereses que ya casi se han igualado con el capital, ¿qué puede influir el alza ó baja de los fondos? ¿Qué provecho redunda para el labrador que nada sabe de bolsas sino que tiene la suya vacía y se ve obligado á pagar contribuciones que nunca han de refluir en su beneficio? Y por último, ¿cómo se atreve el gobierno á disponer de los bienes del Estado en favor de los acreedores sin

Biblioteca Nacional de España

pensar aliviar con ellos la condicion de los pobres? Y aun estos decretos se han espedido á la casualidad, y con tal desatino, que tampoco han surtido el efecto que su compositor esperaba. No hablaremos del de la venta de bienes nacionales que tan justa y sabia crítica mereció de nuestro escelente economista D. Alvaro Florez Estrada, y que sino lo derogan las Cortes aumentará, sí, el capital de los ricos, pero tambien el número y mala ventura de los proletarios. El gobierno que deberia haber mirado por la emancipacion de esta clase, tan numerosa por desgracia en España, pensó (si ha pensado en ello alguna vez en su vida) que con dividir las posesiones en pequeñas partes evitaria el monopolio de los ricos proporcionando esta ventaja á los pobres, sin ocurrírsele que los ricos podrian comprar tantas partes que compusiesen una posesion cuantiosa. Mezquino en verdad y escaso de discurso ha andado el señor ministro.

Fijo siempre su pensamiento en la bolsa, nuestros acreedores han llamado su atencion absolutamente, sin acordarse de los deudores para otra cosa que para que paguen á aquellos. Las riquezas de las naciones pueden compa-

Biblioteca Nacional de España

rarse á un caudaloso rio confluencia y total de los que en él desembocan. Una mano diestra sangrándolo en varios ramales, vuelven estos á tributarle sus aguas, y en este flujo y reflujo consiste sin duda la riqueza pública. Asi es que cada parte de esta riqueza viene á ser causa y resultado á un mismo tiempo de toda ella. Ahora bien, si el gobierno hubiera fijado toda su atencion únicamente en el ramo de sedas (y aun este es ramo nacional y la bolsa no) ¿no se le habria criticado de dedicarse solo á la cria de aquellos gusanos? Si el señor ministro desea que los fondos suban, mire por la paz y prosperidad de los pueblos, líbrelos de la miseria que los acosa por todas partes, y verá entonces cómo se reanima el comercio y nuestro crédito se afianza. De lo contrario, el alza de los fondos podrá verificarse, pero será pobre recurso y de influencia mezquina.

Nuestro gobierno ha marchado á la casualidad, saltando breñas y trepando cerros que no ha visto hasta el momento mismo de ir á tropezar con ellos. Nuevo Faeton, se ha puesto á dirigir el carro del sol, obrando en todo como el pintor de Orbaneja, que pintaba lo que saliera.

Biblioteca Nacional de España

En su conducta política no ha sido menos azarosa y aventurada su marcha. Hemos visto al señor presidente del Consejo al frente de un gabinete incompleto, compuesto de hombres que eligió él mismo para los altos puestos que ocupan, sin saber conducir los negocios de una manera vigorosa y organizada. Asi ha faltado homogeneidad en el ministerio, y cada cual se ha manejado, puede decirse, de distinto modo. El de la guerra decretó una quinta de cien mil hombres, mientras que se descuidó su equipo y demas medios de mantenerlos. No hablemos del de la gobernacion, porque si se esceptúa el *colegio cientifico*, miserable remedo de la escuela politécnica francesa, no ha dado apenas señales de vida. Don Martin de los Heros está visto que no quiere dar que decir.

¿Y qué reformas se han hecho? ¿Qué empleos inútiles se han abolido? ¿Qué empleados carlistas han sido separados de sus destinos? ¿Qué ahorros de importancia se han hecho en el oneroso presupuesto que abruma á los pueblos? Porque esto era lo que mas interesaba á un gobierno que habia ofrecido llenar todas sus obligaciones sin agravar á la nacion con nue-

vos tributos ni recargarla con deudas. En España, donde hay sin número de empleos inútiles, oficinas enteras, asilo de hombres inéptos ú holgazanes que deben al favor únicamente sus destinos, ó al abandono y descuido de los gobernantes, es una medida importante, y produciria un ahorro considerable la supresion de ellas todas. Y no se diga que sería en ese caso aumentar el número de los cesantes, porque no habria para qué dejarlos en esta clase, que deberia enteramente abolirse. El empleado no tiene derecho á un sueldo sino mientras ejerce el destino; en el momento que por inconveniencia ó inutilidad lo pierde, debe asimismo dejar de percibir su paga. Solo en un pueblo en que se vive de abusos, podria existir esa inumerable clase de cesantes, que bien pudieran llamarse parásitos del tesoro público. Ni es razon contestar que esas oficinas no pueden suprimirse porque sería dejar sin comer á multitud de familias. Otro tanto equivaldria decir que no deben introducirse máquinas porque sería quitar al jornalero el trabajo. Si el número de empleos se redujese á aquellos de absoluta necesidad, no habria para qué rebajar el sueldo á

Biblioteca Nacional de España

los que los sirven, lo cual tiene menos de económico que de ruin, sino que al contrario pudiera aumentárseles obligándoles de este modo á que cumpliesen con su deber. Pero el señor ministro de Hacienda no ha tenido tiempo sin duda para ocuparse de tamañas frioleras, y empeñado en acabar la guerra de Navarra en seis meses, no ha podido hacer otra cosa tampoco. Asi es que no se ha acordado del señor Cea Bermudez ni de Llauder, quienes despues que el primero gobernó á disgusto de la nacion y con perjuicio de ella, el segundo abandonó cobardemente el puesto huyendo del indignado pueblo de Barcelona, disfrutan con toda tranquilidad sus pagas en un pais estrangero, olvidos de la patria que contra su voluntad los mantiene y de corazon los detesta. Pasamos en silencio á los demas ex-ministros que cobran sueldo por no habernos sabido gobernar bien, como asimismo el nuevo arreglo de los gobernadores civiles cesantes, á quienes se ha señalado veinte y cuatro mil reales, porque para denunciar abusos de este genero no bastaria un libro en folio. ¿Y son estas las economías ofrecidas, las reformas tan ponderadas?

Biblioteca Nacional de España

Y donde quiera se resiente todo de tan defectuosa administracion, sin que el señor ministro aparezca de otro modo que como un segundo Sísifo abrumado bajo el enorme peñasco con que le cargó su propia osadía. Alli un capitan general de provincia se abroga facultades que de ninguna manera pudieron concedérsele nunca, y violando los mas sagrados derechos del ciudadano, prende y destierra á su capricho arrancando del seno de sus familias sin número de hombres, inocentes sin duda, puesto que la ley no los ha declarado culpables, ó impone á los pueblos nuevas contribuciones, sumiendo á un tiempo en la horfandad, las lágrimas y miseria, á infinidad de familias. Y escudado con el título de héroe que le prodigó la ceguedad de algunos hombres honrados, obra segun su capricho; y en verdad que si dejase el gobierno impunes tamaños atentados, se haria cómplice de todos ellos. Otro capitan genenal despues de haberse atraido el odio de los valencianos con sus tropelías y despóticos procedimientos, huye cobardemente de aquel pueblo alborotado que despreció sus ridículas fanfarronadas, y acogiéndose á la capital, tolera el gobierno su fuga, de-

Biblioteca Nacional de España

jándole en paz, mientras en Valencia se persigue y embarca á voluntad del nuevo bajá y de real orden á los que quizá no se amotinaron. En vano será que el señor ministro predique union, paz y sumision á la ley, como prendas seguras del buen acierto de los gobernantes. A los pueblos no basta decirles que callen, es menester no darles motivos de hablar. Sería cruel exigir de un hombre mal herido que no despidiese una queja. ¿Y podrán callar los que beneméritos y generosos se han desprendido de todo en favor de la patría, y hoy lloran en la indigencia, sin tener un bocado de pan con que sustentar sus familias? ¿Podrán callar esas provincias de Aragon en que solo el hambre terrible que las acosa hubiera podido organizar facciones? ¿Podrán callar tantos hombres atropellados injustamente y embarcados para ultramar sin mas ley que el capricho del general Mina? Y últimamente, ¿podrá callar la nacion cuando ve que aun no se han realizado las promesas magníficas del gobierno, y se encuentra ademas casi abandonada á la casualidad? Ni debe el señor Mendizabal estrañarse de sus quejas si se acuerda de sus

propias palabras, *que era facil gobernar al pueblo cuando no se le engaña*, y considera el triste estado de su administracion. ¿Y qué gobierno puede exigir de los ciudadanos su uision á la ley cuando esta no solo no es respetada, sino que se viola á cada momento? Seguramente que la anarquía no se encuentra en el pueblo, y es triste cosa que siendo éste dócil y pacífico no se acierte á dirigirlo por debilidad ó negligencia.

La promesa que mas reanimó á los defensores de la libertad es la que hizo el ministro presidente de acabar en seis meses la guerra de Navarra siempre que todos unidos le ayudesen en su intencion, pensando sin duda que vendria en su auxilio el angel esterminador. No somos nosotros de aquellos que cuentan los dias, ni menos nos apurariamos porque aun no estuviese finalizada la guerra, si siquiera viésemos que cooperaba en un todo el gobierno á los esfuerzos de nuestro valiente ejército. Pero hasta ahora no hay otro plan que el imaginado por el general en gefe de bloquear la faccion, plan escelente si el gobierno le favoreciera con los medios necesarios para llevarlo

á cabo. Y sin embargo, este mismo plan se opone á los deseos del gobierno, que no quisiera sino batallas y triunfos, como si semejante guerra pudiera tener fin ganando algunas acciones á los enemigos, sin conocer que la política bien dirigida y la confianza inspirada á los pueblos han de alcanzar mas seguros triunfos que nuestras armas. En vano se afanará el soldado, arrostrará con alegría las fatigas, prodigará en cien combates su sangre, si el gobierno al mismo tiempo no hace sentir á los pueblos sublevados las ventajas que han de seguírseles si se unen á él y abandonan una causa que no ha de traerles sino perjuicios. ¿Y quién podrá tener confianza en un gobierno cuyas ofertas no se han cumplido hasta ahora? ¿Podrán tenerlas los que se apellidan sus enemigos cuando ven salir fallidas las esperanzas que hizo concebir á sus mismos partidarios? ¿Qué decretos han salido del taller del gobierno que interesen las masas populares en nuestra regeneracion política y les hagan identificarse con la causa que defendemos? Y no debiera olvidar el señor ministro que uno de los errores mas perjudiciales cometidos el año de 20, fue

que nuestros gobernadores no hicieron aprecio de ese pueblo que llaman bajo, y que solo no es alto porque se le niegan los medios de subir, y al cual vimos haciendo una contrarevolucion democrática en favor de un trono absoluto. La palabra libertad es hermosa y sonora, pero vacía de sentido para el pueblo rudo que solo comprende intereses materiales, y no puede apreciarla cuanto merece, sino por los beneficios que le produzca.

Hay un refran en nuestra España que esplica por qué la multitud ignorante aclama el despotismo, y aun hace esfuerzos para sostenerlo. "Mas vale malo conocido que bueno por conocer," decimos; y si el gobierno hubiera examinado alguna de las ideas que encierra este proverbio, ya hubiera tratado de dar á conocer lo bueno, y no que está por conocer todavía.

La historia filosófica del pueblo español me atrevo á decir que se halla consignada en sus refranes, y para gobernar este pueblo es preciso estudiarlo profundamente, porque no se parece á otro ninguno en la tierra. La verdad es que mientras el gobierno no identifi-

Biblioteca Nacional de España

que las masas con la marcha de la revolucion, la faccion durará, aunque se acabe en Navarra, porque alzará otra bandera si es aquella vencida, suscitarán otra querella, promoverán nuevos desórdenes, y nunca disfrutaremos sosiego.

El instinto del hombre es su conservacion; de aqui su deseo de mejorar, y su derecho de encontrar en la sociedad de que hace parte los medios de subsistir, segun su capacidad y su aplicacion.

Este bien estar, esta diferencia de un pueblo libre á un pueblo esclavo, es forzoso que el gobierno acierte á darla á conocer al nuestro, y cuando él palpe tantas ventajas, cuando trueque en goces sus padecimientos, seguro es que dejará la senda de abrojos por donde le guian á su perdicion el fanatismo y la locura, y entrará en la de flores por donde han de conducirle la sabiduría y la verdad. Hé aqui en lo que desearíamos hubiera pensado el señor ministro, hé aqui el uso que creemos debiera haber hecho del voto de confianza, y en ese caso podria presentarse en las Cortes con desembarazo, aun cuando su promesa de acabar la

Biblioteca Nacional de España

guerra no estuviera cumplida. El camino que habria tomado en tal caso abonaba su palabra para en adelante. ¿Y dice que á él se debe la quinta de los cien mil hombres, cuando la mayor parte aun no estan armados ni uniformados? ¿cuando en medio de que el Estado mantiene un ejército de mas de doscientos mil hombres, escasean tropas en Navarra, faltan en Valencia, y donde quiera claman por soldados para perseguir las facciones? ¿Dirá acaso que la Inglaterra y la Francia nos auxilian, gracias á la consideracion é influjo de nuestro gobierno, cuando él mismo, ó nos engañó en la Gaceta, ó ignoraba la resolucion de aquellos gabinetes? Pero es inútil amontonar mas cargos contra un ministerio á quien sus propios defensores no aciertan á defender, y aun muchos de ellos, á despecho de su talento y amor propio, confiesan las faltas de sus defendidos, y acuden á razones efímeras de conveniencia supuesta, y á la popularidad de que se cree que aun goza el primer ministro. Popularidad que en ningun modo confirman las representaciones de unos cuantos que piden á la Reina *le conserve en su puesto para bien de*

Biblioteca Nacional de España

la monarquía, ni tampoco que haya sido electo procurador por ocho provincias. Conocemos la ley electoral que ha regido en las elecciones, y la influencia y los medios de que puede valerse el que manda. Y en cuanto á las representaciones, tambien las hemos leido firmadas por ayuntamientos enteros y generales del ejército pidiendo á Fernando VII el restablecimiento de la inquisicion, presumiendo asi aquel partido manifestar cuál era la voluntad nacional. Y aun cuando todavía se hallase el pueblo deslumbrado con el oropel de tanta oferta como ha halagado sus esperanzas, y no hubiese palpado por sí mismo los inconvenientes de una administracion tan poco acertada, y los males que á cada momento se aumentan, aun cuando todavía como el minero avaro no viese mas que el oro de sus ilusiones en una mina no descubierta, deber es de todo patriota verdadero alzar la voz y predicar la verdad al pueblo y desengañarlo, para que coloque en mejor sitio su entusiasmo y sus afecciones.

Concluiré en fin este opúsculo manifestando que el amor á mi patria me ha movido

Biblioteca Nacional de España

á hacer estas reflexiones, fundadas á mi parecer en la razon misma.

Hagan las Cortes una buena ley electoral, ámplia y popular, y ensáyese en fin esa juventud cuyo patrimonio son las épocas de renovacion y turbulencia. Esa juventud que llena de esperanzas no debe titubear en arrojarse, iluminada del talento, por los sombríos senderos del porvenir, aboliendo de una vez tanta práctica antigua, tanto abuso, tanto cadáver resucitado como atrasa, entorpece y corrompe la sociedad. Y no se tenga por una petulancia este deseo que debe hacer latir todos los corazones y arrebatar la imaginacion de los jóvenes, no, porque *un siglo de renovacion pertenece, sin duda, de derecho á la juventud.*

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España